

CAPITULO IV.

EFECTOS ADMIRABLES DEL AGUA

Santa, y hallazgo feliz de la portentosa

Imagen de Nra. Sr.ª. de Occotlán.

LA mayor fineza de Christo, y con que gravò el non plus ultra en las piramides de sus misericordias, fue no solo el aver sanado con el riego de su Preciosissima Sangre, los dolores, y llagas, que contraxo por la primera culpa, nuestra infeliz, y oy ya dichosa naturaleza, sino que se Sacramentó: como que no cumplia su amor con menos, que con tener á los hombres siempre á sus ojos, y siempre debaxo de sus alas. Charidad verdaderamente excesiva, y en que logra el Mundo el mayor interès á que pudiera anhelar un Serafin: pues de la misma suerte (hablo en los terminos, y proporcion que debo) su amorosissima Madre, no solo nos diò en la fuente medicamentos utiles, preservativos, poderosos á todas nuestras dolencias; sino lo que es mas, á si misma en el modo que pudo, quedandose con nosotros, y con todas las plumas de su favor tendidas para ampararnos.

Avia en la cumbre de la misma loma, en que passò lo dicho, una pequeña Iglesia, dedicada á los cultos del gloriosissimo Martyr San Lorenzo, y despues, que la gran Señora le diò á Juan Diego aquella Receta de salud; le notició, *que antes de mucho, en aquel proprio sitio encontrarían en una Imagen suya, un verdadero Retrato, assi de sus perfecciones, como de su piedad, y clemencia: que avisasse á los Padres de San Francisco, la colocaran en dicha Iglesia de San Lorenzo: porque desde alli (como el Sol desde el Cielo) se avia de desatar en prodigios, y maravillas todo el poder de su Santissimo Brazo. Esto segundo se confirmará al fin de esta Historia, con muchos, y exquisitos acaécimientos, que exceden al parecer las fuerzas naturales por milagrosos: lo primero ya lo avrá visto, quien huvie-*

huviere adorado el venerable vultro de la Bellissima Reyna, y Señora de Occotlán; respecto de la que solo el Original del Empyreo puede ser mas hermosa: pues (sin que el amor me arrebaté á hyperboles) en cada una de sus facciones, tiene un sobre escrito, que dice: *Este si, que es un trassumpto de MARIA! Aquí si, que echò la fantasia de los Angeles todo el resto: y el Sol, la Luna, y los Asiros, todo el torrente de sus brillos; segun los esplendores, y luzes, que derrama: de que darán á su tiempo testimonio muchos testigos oculares.*

§. I.

SEñalado ya el puesto, en que queria ser venerada de todos, se desapareció la apacibilissima Virgen, dexando lleno de jubilos al humilde Juan Diego. Se desapareció de sus ojos; pero en las telas del alma, se le quedó muy impressa: no volvió á percibir el acerto de su suavissima voz; pero siempre le estuvo zumbando el eco en los oídos. Quedóse solo por fin, y sin saber, me parece, lo que haría: si primero llenar el cantaro de las lagrimas, que á chorros se le salieron, ó coger del agua, que para beneficio comun de los enfermos, le ministró la Señora! Creó, que de todo llevó, agua de sus ojos, y agua de la fuente, incorporadas unas con otras: y assi apresurandose con toda la presteza posible, llegó á su Pueblo: refirió con mil ternuras lo sucedido, y lo comprobò luego luego con la experiencia; pues quantos bebieron del agua milagrosa, instantaneamente sanaron. Levantó primero el grito la admiracion, y despues el agradecimiento. Estiendele la fama, en pocas horas, por la Provincia, concurren en vandas, assi los ya moribundos del contagio, como los temerosos, por preservar las vidas de su veneno.

No respira la luz despues de una funestissima noche, mas alegre: no visten las Rosas en el campo mas bellas galas, quando rompen, ó salen del boton, que las oprimia, que las que se vistieron los pobres Indios, despues de las fatales ruínas, que ocasionò el tempestuoso, lobrego triste tor-

vellino de aquella confusa negra borrasca. Todo era vivas à la Aurora; todo afectos à la gran Madre; todo jubilos; todo risa; de manera, que con el gozo, y dulce possession de su dicha, en pocos meses se fue borrando de la memoria, aun el nombre de la desgracia. Y mientras, que los dolientes acuden à la Piscina, que movió, no la mano de un Angel; sino con un pie la Reyna de todos ellos; mientras que los sanos repiten gracias, y canciones à su Preservadora, me iré en pos del virtuoso Juan Diego.

Apenas, pues, el pasmo le dexò los movimientos libres, y el gusto, facil la lengua para poder hablar, se volvió à su Iglesia, y Convento de San Francisco, anes, que amaneciese, donde (como dexo advertido) servia à los Padres. Reconocieron assi que despertaron, no sé que mysteriosa novedad en el rostro del Indio; serían quizá algunos rayos, ó destellos de luz, como le sucedió à Moysés, quando baxó del Monte de aver hablado con Dios! ó sería el corazon, y el alma, que insensiblemente se le iba saliendo ya por la boca. Preguntado dió cuenta de lo acaecido assi en la loma, como en el bosque; y de los maravillosos efectos del Agua Santa: prueba, que era por sí bastante à desvanecer qualquier duda. La prudencia de aquellos venerables Varones (claro es) que les dictó despreciar como delirio el informe, ó al menos suspender la Fee, hasta que el tiempo, y su discrecion, pulsasse el negocio con la madurez, y juiciosas reflexiones, que acoslumbran, y mas en caso de tantas circunstancias: pues ser el Neophito tierno en la Religion, y dogmas Christianos, y por ventura nacido en el riñon de la Idolatria, daba margen à sospechar a gun engño diabolico; pero parece, que movidos de superior impulso todos unánimes, prestaron à su relacion todo credito.

§. II.

EL dia se passó en discurrir arbitrios, y meditar cautelas, para que sin nota de ligeros pudiesen informarse los ojos: por esso al caer de la tarde, en que de ordinario se recogen à sus chofas los Indios (aunque dudo, que los

de-

dexasse recoger, ni aun dormir la novedad del suceso) se fueron poco à poco, y con disimulo acercando al parage, à que su dichoso Nuncio Juan Diego los conducia. A distancia no poca les avisó el mismo bosque, donde estaba: pues como si fuesse el Ethna, todo se ardia, y todo como el Vesubio, era una llama: pero de modo, que sin quemarse aun el menor ramillo de los Pinos se estaba la lumbre meciendo entre sus brazos; y entre los ardores del fuego, siempre verde, siempre lezana, una materia por sí tan expuesta à la combustion, como la thea. Esta maravilla, que no sé si avrã tenido segunda, y solo en Oreb tuvo su original, ocupò las atenciones de los prudentissimos Padres, que se daban los parabienes de aver antes con antes creído, lo que tan facilmente no pudieran negar sus ojos. Apresuran el passo mas (mejor diría) las alas del corazon, por cuya cuenta iban ya corriendo sus pies. Reconocen el sitio, que en vez de flores brotaba luzes: adoran con rendimiento profundo aquella tierra, que pudo passar por Cielo: descubren à pocos passos la Fuente, sellada con las plantas hermosas de MARIA; divierten la vista à todas partes en busca de aquel thesoro escondido; que prenunció à Juan Diego la misma Princesa de la Gloria.

Era tanta la luz, que despedian los Arboles de sí, que no alcanzaban de puro deslumbrados à caer en la cuenta de su dicha: muchas vezes repassaron el sitio, sin poder descubrir aquella Veldad; que como entre las espinas la Rosa, sin punzarse, assi se estaba conservando sin lesion, indemne en medio de aquellos incendios milagrosos, sin consumirse; hasta que no sé quien observò, que uno de los Arboles, que mas sobrefalta por corpulento; se señalaba mas en lo encendido: y palpandole con especial reflexion, acudiendo tambien el oído al examen, les pareció à todos, que estaba hueco. Lo entrado de la noche no daba ya lugar à nuevas pesquisas; y assi sobrepuesta cierta nota al Arbol, que al amanecer lo distinguiese de los otros, por señalado: se restituyeron los Padres à su Convento con el felicissimo Juan. Toda esta noche se passó en acciones de gracias, y dulces colo-

D 2

quics